

## SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

## SUMARIO

I. Advertencia importante.—II. Amor de madre.—III. A la Santísima Virgen María.—IV. Blanca.—V. El expósito.—VI. ¡Al buen entendedor...!—VII. La Alegría y el pesar.—VIII. Sayons charitables.—IX. Recuerdo.—X. Lecciones familiares.—XI. A la Providencia.—XII. Una historia.—XIII. A un álbum.—XIV. El recreo.—XV. A la memoria de la señora doña Magdalena Díaz de García López.—XVI. La mano de la Providencia.—XVII. Teatros, sueltos, charada y acertijo.

## OFICINAS

Fuencarral, 3, principal  
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.  
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

*Estando para terminar el tercer tomo de nuestra revista, cuya última entrega corresponde al 15 del corriente, cumplidos advertir, por lo que interesar pueda á nuestros abonados, que á los que renueven por año, acompañando previamente su importe, y á los que se suscriban nuevamente por igual período de tiempo, anticipando el valor de la suscripción, les regalaremos una magnífica carpeta en tela color naranja con adornos azul y oro para encuadernar los números correspondientes al año porque se abonen, y cuyo valor es de treinta y cinco reales, hechas por cantidad en el primer taller de encuadernación de Barcelona.*

## OTRA

*Advertimos con todo empeño á nuestros suscritores que se sirvan reclamar seguidamente los números que sufran extravío, porque pasados los quince días siguientes á su publicación, no podremos complacerles, en atención á las frecuentes exigencias que se nos hacen y á los dispendiosos gastos que nos ocasionan la morosidad de los unos y el pedido inmotivado de los otros.*

## AMOR DE MADRE

Cuando aislado en dulces contemplaciones remonto la razón hasta el origen del mundo, parece como que veo surgir *ex limo terre*, las dos primeras figuras de la Creación; dos figuras materiales más ó menos bellas y grandes; pero inanimadas, inermes.

Adam y Eva.

«Levantaos, les dijo el Creador, imprimiendo á la materia su alito divino,» y Adam y Eva se animaron con un espíritu racional, á imagen y semejanza de su Autor. Adam y Eva empezaron á sentir.

Desde entonces, la humanidad tiene facultad de pensar y de hacer, manifestando en sus actos los afectos del alma.

El más preciado es el amor de madre.

¡Madre! Nombre dulcísimo que invocamos en nuestras aficciones, como bálsamo salutar que cura todos los dolores; faro que alumbra el proceloso mar de nuestras pasiones, estrella que dirige nuestros pasos en el incierto quebradizo sendero de la vida.

¡Madre! Sér vivificante que nos nutre con su propio sér, médico que interpreta y sana nuestras enfermedades, maestro que dirige nuestra inteligencia, tesoro que cubre nuestras necesidades, nombre que resuena lleno de sentimiento en nuestra alma, por ser su propia encarnación.

Por eso la invocamos intuitivamente.

El primer suspiro que exhalamos, expre-

TOMO III

sion del dolor y el sufrimiento, es para nuestra madre, porque ella enjuga nuestras primeras lágrimas; la primera palabra que aprendemos es la dulce palabra de madre, como para responder con gratitud á los favores que nos dispensa; la primera sonrisa que prodigamos, siempre está consagrada á las tiernas caricias que recibimos de nuestra madre.

Seríamos ingratos si no respondiéramos con afán á esas caricias.

No hay beso más puro y expresivo que el de una madre.

No hay trato más esmerado y continuo que el de una madre.

Empieza la madre por llevarnos en su seno, imponiéndose voluntariamente privaciones y sufriendo un cúmulo infinito de inquietudes; privaciones é inquietudes que se multiplican apenas abrimos los ojos á la luz del día.

La madre sufre dolores para lactarnos, y porque el hijo se nutra y desarrolle, agota poco á poco sus fuerzas y hasta enferma.

La madre sufre desvelos prolongados por guardar nuestro tranquilo sueño.

La madre experimenta los frios rigurosos del invierno por cedernos su cama y su abrigo.

La madre carece de muchos apetitos por satisfacer los de su hijo.

La madre, en fin, lo sacrifica todo por el fruto de sus entrañas.

Cuando estamos buenos, para que no enfermemos.

Cuando enfermamos, para volvernos la salud perdida.

La madre es todo sentimiento, todo amor.

¡Madre mía! ¡Madre mía! decimos doloridos cuando nos agobia un pesar, y la personificamos aunque la hayamos perdido, como para expresar que si la madre viviera, hubiera mitigado el sufrimiento.

¡Madre mía! ¡Madre mía! decimos cuando estamos enfermos; porque por esmerados que sean los cuidados de las demás personas afectas, no pueden compararse á las aficiones fervientes de una madre.

¡Madre mía! ¡Madre mía! decimos en el peligro de la muerte, para significar que se busca el consuelo de la religión que nos inculcara la madre en los primeros años.

Sí, porque no solo debemos el sér á nuestra madre; la debemos la enseñanza cristiana, la educación y todo cuanto somos y valemos.

El amor de madre está por encima de todo sentimiento.

Un esposo puede querer mucho á su esposa; puede quererla con frenético entusiasmo; pero el esposo enviuda, y aunque no la olvide, las circunstancias le hacen aceptar otra esposa, también entrañable.

El hijo se casa, entrega su cariño al objeto

de todos sus ensueños, y si no olvida á su madre, se separa de ella para adorar á su cara mitad y bendecir á su prole, en quien deposita su más acendrado amor; pierde, por desgracia, alguno de los hijos; le quedan otros, ó puede tenerlos más tarde.

Pero la madre muere, y no hallamos otra madre en la tierra.

Sin embargo, diez hijos no son para una madre, y una madre es para diez hijos.

Hé ahí por qué hemos dicho antes que el amor de madre, sobre ser el más puro y desinteresado, está por encima de todo sentimiento.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

## Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

EN EL GRANDIOSO MISTERIO

DE SU

## CONCEPCION INMACULADA

## ODA

*Non permisit me Dominus ancillam suam coinquinari.*  
(JUDIT, cap. XIII, vers. 20.)

¡María!... ¡de prez norte,  
iris de amor y de entusiasmo vena,  
de inspiración resorte,  
de Nazaret sin par linda azucena,  
de pureza mirífica lucero!...  
hoy en mis versos celebrarte quiero.

Mas ¿cómo, si no sabe  
por dó empezar, ni qué decir el estro,  
si tu láuro no cabe,  
ni tu alabanza en el planeta nuestro,  
ni aún del Empíreo célico en la anchura,  
por Bella, por Simpática, por Pura?

El Querub, que mirando  
al Señor siempre está, si de Él un punto  
sus ojos desviando  
los fija en Tí, por el feliz conjunto  
de tus grandezas de sublime hechizo,  
piensa, cree que eres Dios... ¡Tal Él te hizo!...

Tres máximos portentos  
hay que de nuestra Fé son firme base  
de otros muchos cimientos:  
vedlos en clara, compendiosa frase,  
y adoradlos sin término, cristianos;  
que venerandos son, sin par arcanos.

En el seno del Padre  
el engendrarse el Verbo es el primero;  
el segundo de Madre-  
Virgen nacer un día; y el tercero  
perseverar Dios-Hombre Jesucristo.  
Más pasmosos misterios, ¿dó se han visto?

Y tú, Virgen Sincera,  
por el segundo de ellos, de Dios eres  
la Madre verdadera,  
bendita sobre todas las mujeres,  
de tu sexo el honor, del hombre gloria,  
y en cielo y tierra de Pureza historia.

Por Tí, Señora nuestra,  
palmas batimos, al Señor loamos;  
eres su Obra maestra:



para elogiarte bien aquí, no hallamos  
términos propios; ni aun el Angel mismo  
de pureza sonar puede tu abismo.

En Tí, sin par Princesa,  
empezar á existir, y ser ya toda  
objeto que embelesa  
á Dios, porque la culpa no te enloda,  
uno fué todo: de tu sér aun antes  
eras ya Pura y Santa por instantes.

Como era conveniente,  
siendo tal, con tan raro privilegio,  
el Dios omnipotente  
te hizo pasar por el conducto egregio  
de oráculos, figuras, predicciones,  
antes de darte á luz en las naciones.

Los siglos te esperaron  
desde el Eden, cual Eva de la Gracia,  
y por Tí suspiraron,  
demandando remedio en su desgracia,  
y te vieron ya en sombra en las Raqueles,  
Sáras, Estéves, Déboras, Jaeles.

El arca, que elevada  
sobre las aguas del primer diluvio  
ilesa sobrenada,  
de la zarza de Horeb el ígneo efluvio,  
y el Trono de Ezequiel, símbolos fueron  
que á Tí, Virgen sin mancha, predijeron.

Sin golpe de martillo,  
de Salomon el templo fabricado,  
de su marfil el brillo,  
el hermoso Jardín siempre cerrado,  
de Gedeon el Blanco Vellochino,  
bosquejo fueron tuyo peregrino.

De Jericó la rosa,  
la mano que el Esposo en la cabeza  
apoya de la Esposa  
para impedir que caiga; la belleza  
de la hija del Rey con rico traje,  
símbolos fueron tuyos, ó celaje.

La cándida azucena,  
cuya espléndida, nítida blancura,  
toda de gracia llena,  
entre espinas brotara esbelta y pura  
en tierra fértil, de tributo exenta,  
á Tí pálidamente representa.

La noble mujer fuerte  
de los Proverbios; pero... basta ¡oh Madre!  
porque solo con verte  
mimo de Dios... elogio que bien cuadre  
no halla el Angel ni el hombre en parte alguna  
para Tí, puro Sol, sin mengua Luna.

Si yo, exacta memoria  
quisiera hacer de todas las figuras,  
¡oh Reina de la Gloria,  
Purísima entre todas las criaturas!  
que á tu dichosa Concepcion preceden,  
para que todas historiadas queden,

Necesario sería,  
según los Santos Padres, que en su vuelo  
mi ardiente fantasía,  
del Líbano los cedros, que hasta el cielo  
sus cabezas elevan, registrase,  
y los cipreses de Sion contase,

Y también las palmeras  
de Cades, y los plátanos frondosos  
que del mar las riberas  
festonan, y los Huertos aromosos,  
do exhalan preciosísima fragancia  
el bálsamo y la mirra en abundancia;

Pero no tal intento,  
pues me basta saber que lo anunciado  
sobre Tí, cumplimiento  
tuvo en el día por Jehová marcado,  
en que del Verbo suyo la palabra,  
Pura te forma, Limpida te labra.

De sus manos saliste  
cual de gracia portento sin segundo;  
Purísima naciste  
para admirar al universo mundo:  
eres más grande que él, y más que el cielo;  
si lampo tienen, se le da tu velo.

Tu Pureza destella  
en los discos del sol y de la luna,  
en la luz, en la estrella,  
en el mar, en el río, en la laguna,  
en las florestas, en las claras fuentes  
y en las cunas de niños inocentes.

Y riela en la blancura  
de los copos de nieve y virgen cera,  
y en el alma que es pura;  
nube es de nácar en la azul esfera,  
en el éter un ónice, en la brisa  
ópalo fino, en el Querub sonrisa.

Más grande ni admirable,  
después de Dios, que te hizo tan preciosa,  
no hay nada ¡Madre amable!  
¡Oh!... ¡Del pecado el onda venenosa  
ante Tí retrocede: el trascendente  
de Adán contagio, te acató prudente!...

¡Oh!... ¡Bien hayas mil veces,  
Madre de Dios, Paloma inmaculada  
sin hiel y sin las heces  
de culpa original!... ¡Estér librada  
por el Divino Asuero de la pena  
que á la estirpe de Adán toda condena!

¡Tierra y cielo te alaben!  
¡Bendita veces mil, bendita seas!...  
Los ángeles, que saben  
qué es de nosotros lo que más deseas,  
nos fijen en tu amor... ¡Gloria á Tí, gloria!  
Por Tí esperamos de Luzbel victoria.

¡Oh, celestial María,  
de los cristianos siglos Paraíso!  
En este épico día  
tu pureza honrar nos es preciso  
con afectos filiales, con deseo  
de alzar nuestra alma á célico apogeo.

¿Cómo? No dando oídos  
de la pasión á la serpiente aleve,  
al dragón, que rugidos  
lanza aplastado so tu planta leve,  
hollándole cual tú, dándole muerte  
de las virtudes con la daga fuerte.

Mejor haber cantado  
hoy quisiera tus glorias, tu Pureza;  
pero aquí no me es dado:  
perdona de mis versos la pobreza.  
Mas ensalzarte con delirio anhelo:  
dame lira mejor allá en el cielo.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA  
*Padre escolapio.*

## BLANCA

Blanca era una preciosa niña de hechicero rostro,  
de encantadora figura, de celestial belleza, de her-  
mosura, en fin, tan completa é irreprochable, cual  
jamás la mente más soñadora pudo pintar la física  
perfección.

Como acabado tipo de la más alta belleza, Blanca

era admirable; pero la pobre niña tenía un defecto  
casi siempre anexo á la arrebatadora hermosura, y  
que sus encantos oscurecía; sentía tal admiración  
hacia su propia belleza, que el mundo le parecía pe-  
queño para darle admiradores; creía á todas las cri-  
aturas nacidas para adorar sus encantos y rendía ciego-  
culto á un ídolo que veneraba: su hermosura.

Dios, que en su infinita sabiduría niveló tan perfec-  
tamente la admirable obra de la creación, repartió en-  
tre sus criaturas con esquisita equidad las cualidades  
y los defectos, á fin de que á todas tocara algo, y puso  
en unas la hermosura, en otras la gracia, en otras  
la inteligencia, en otras la bondad; pero junto á gran-  
des cualidades puso grandes defectos, para que no  
existiera la absoluta perfección, y dió á la hermosu-  
ra, como compañeras casi inseparables, la vanidad y  
la indiferencia.

Aunque ésta regla tiene, como todas, excepciones,  
á Blanca la cogía de lleno.

Aprendió á hablar diciendo á los que la pregunta-  
ban: ¿Quién es la niña más hermosa del mundo? —Yo,  
yo sola.

Cuando fué mayorcita la vestían de Vénus y reci-  
bía por doquier elogios, alabanzas, palabras de admi-  
ración y besos de entusiasmo.

Pasó los primeros años de su infancia arrullada por  
los elogios más exagerados de su familia, y en par-  
ticular de su imprevisora madre, que la repetía cien  
veces por día, apretándola contra su corazón: —¡Her-  
mosísima, divina, hechicera! ¡Cuántos hombres se van  
á morir por tí! ¡Qué pronto te arrebatarán de mi lado!  
¡Tú serás poderosa y admirada, serás la reina del  
mundo, porque no hay otra que te iguale!

Tan ciego cariño fué depositando en aquel tierno  
corazón la semilla que se había de convertir bien  
pronto en loca vanidad.

Llegó la época de que la mandaran al colegio, y ni  
maestras, ni maestros, ni padres, ni nadie, pudo lo-  
grar que aprendiera más que á leer y escribir.

Ella estaba convencida de que brillaría aun siendo  
ignorante, de que su hermosura la había de traer la  
fortuna, y cuantos esfuerzos hicieron para que uniera  
la instrucción á la belleza, se estrellaron contra su  
firme voluntad. No quería oscurecer su hermosa fren-  
te con la sombra de la meditación y el hondo pliegue  
de la mente reflexiva; opinaba que su lindo talle per-  
dería su esbeltez inclinado sobre el libro y rechazando  
toda instrucción, creció sin que el poder de la inte-  
ligencia, desarrollada por el estudio, contuviera las  
exageraciones de su ciego amor propio, sin que la  
voluntad, ilustrada con sabias enseñanzas y ejemplos  
prácticos de la vida, dominara los efectos de su nécia  
vanidad; y á pesar de su buen corazón y rectos senti-  
mientos, la niña hechicera se fué haciendo irresistible,  
la admirada beldad se tornó antipática y repul-  
siva. ¡Tal es el triste fruto de la vanidad en estrecha  
unión con la ignorancia!

Blanca ocupaba el tiempo que debía emplear en  
estudiar, en revolver el colegio y no dejar parar á sus  
compañeras; y los ratos de recreo y solaz, en armar  
camorra con todas y pelear con una firmeza digna de  
mejor causa, por llevar siempre la voz cantante, por  
ser la presidenta de la infantil asamblea. Si jugaban á  
visitas, ella había de ser la señora, sin remisión, pues  
aseguraba, con la más descarada franqueza, que su  
gran distinción no la permitía hacer otra cosa. Si re-  
presentaban comedias, se negaba á tomar otro papel  
que no fuera el principal, donde su belleza pudiera  
resplandecer, por más que lo hiciera todo lo mal po-  
sible. Se mostraba enemiga irreconciliable de toda la  
que fuera bonita ó tuviera cualidades por las cuales  
pudiera disputarle el cetro que tan autocráticamente  
empuñaba, y las envolvía en esas pequeñas intrigas  
de colegio que creemos tan graves en los primeros  
años de la vida.

Todo lo censuraba y todo lo encontraba mal, no  
pareciéndole nada ni nadie digno del elogio de su  
linda boca.

De esta manera, Blanca, que había sido tan querida,  
fué detestada por todas sus compañeras, cansadas de  
sufrir las impertinencias de su vanidad y los nécios  
arranques de su amor propio; el vacío se hizo en su  
derredor, y la linda niña se vió tan sola, tan aislada,  
tan despreciada por todas sus amigas, que pidió llo-  
rando á su madre la sacara de allí.



Fué complacida, y al lado de su imprudente madre se acabaron de desarrollar y tomar cuerpo las malas cualidades y defectos que sus bellezas habían de cubrir como cubre el cieno, cuando las aguas se agitan, la limpia transparencia del sereno arroyuelo.

Cuando la niña se convirtió en mujer, tuvo la triste habilidad de crearse en la sociedad en que vivía tantas antipatías y tantas enemistades como en el colegio. Las jóvenes que de buena fé se acercaban a ella seducidas por su atractiva figura, pronto se alejaban repelidas por el constante incienso que á sí misma se arrojaba aquella pobre víctima de la vanidad. Los jóvenes que de su arrebatadora hermosura se apasionaban, perdían toda su ilusión al conversar con ella y conocer su corta inteligencia y romo juicio, lo que hacía que se separaran diciendo unos: ¡Qué lástima!, es como la camelia hermosa, más, cual ella, sin perfume. Y otros añadían: Su cabeza es hermosa, pero sin seso.

Una vez perfectamente conocida por la sociedad que frecuentaba, la pobre niña fué el hazme reír de esas personas de agudo ingenio y malévolas intenciones que gozan con los defectos ajenos, las cuales se divertían viendo el contraste que ofrecía la hermosura física de Blanca con su nulidad moral; y se hizo el ídolo de unos cuantos hombres ligeros, materialistas decididos, de esos que en la mujer no buscan ni alma ni inteligencia, de esos que con la mirada ofenden, con el lenguaje indignan y con el pensamiento profanan, lo que la puso en una falsa y desagradable situación, pues se halló sola rodeada de hombres... de libres ideas, que la asediaban, y de mujeres frívolas que exaltaban su vanidad para ponerla en ridículo, y completamente desdeñada por la parte sensata de la sociedad, compuesta de mujeres de recto juicio y alma generosa y de hombres ilustrados.

Blanca comprendía todo esto, y el despecho la cegaba hasta el punto de cometer mil inconveniencias que aumentaban su descrédito.

—Amiga mía, decía un día á la única amiga buena y leal que la había quedado; tú que eres la compañera de infancia, que me conoces tanto y tienes tan noble alma como gran inteligencia, explícame lo que me pasa, cuya causa no comprendo. Dime cómo es que siendo hermosa y buena unos me desprecian y otros se alejan de mí cual si estuviera apesada; que muchos jóvenes después de adorarme me han dejado sin motivo, y ahora solo me veo rodeada de hombres que me disgustan, en los que siempre encuentro algo de irónico é intencionado.

—¡Ah! Blanca mía, repuso su amiga, si vieras qué difícil me es contestar á tus preguntas! No puedo hacerlo sin decirte algo duro, que quizá te ofenda, y no quisiera...

—Habla sin temor; entre nosotras no puede haber ofensa.

—Pues bien; Blanca, amiga mía, para vivir en sociedad no basta ser buena, es menester... saber conducirse, y sobre todo, si se tiene gran superioridad en hermosura ó en cualidades, léjos de mostrarse envanecida y orgullosa por ello, hacérselo perdonar con la excesiva modestia y la bondad, que la superioridad es una circunstancia que el mundo de las medianías soporta con trabajo y con la que se muestra siempre duro.

—Saber conducirse..., repitió pensativa. Y bien; eso...

—Se adquiere con el trato social, con el estudio del mundo y de los seres que nos rodean.

—Yo frecuento mucho la sociedad, y sin embargo...

—Te falta la base para tan difícil estudio, mi pobre amiga. El exige una ilustración no común y conocimientos generales que den firmeza á la imaginación, solidez á la razón, fuerza al juicio, y al alma el instinto analítico necesario para observar y aprender. Tú, despreciando la instrucción necesaria para educar la inteligencia, has sido una mujer hermosa; pero jamás lograrás ser una mujer agradable; tienes la fascinación que arrastra; pero te falta la dulce atracción que cautiva y fija.

—¡Oh! cierto que estás bien dura, y al escucharte con la calma que ves te doy la prueba más grande de cariño y de estimación que cabe en mí! Solo de tus labios escucharía lo que de decir acabas sin darle desagradable interpretación.

—Te lo dije al empezar, amiga mía; insististe en que hablara y ya iré hasta el fin.

Mecida tu infancia con el eterno himno cantado á tu hermosura, educada en la fatal escuela de la lisonja, no habiéndote ocupado nunca en comprender á Dios ni en conocer al mundo, has llegado á mujer sin la base religiosa que dá las virtudes, sin el desarrollo intelectual necesario para no descomponer el cuadro social, adorándote á tí misma, rindiendo culto cual los paganos á un ídolo, tu belleza; y te has presentado en sociedad diciendo con tu aire y tu mirada, «yo y solo yo.» Queriendo sobresalir tú siempre, has ofendido á las mujeres y hecho reír á los hombres; hé aquí la causa de que unos y otros se aparten de tí, dejándote solo una corte de mujeres irónicas y de hombres... vanos.

Como ántes te he dicho, la mujer que por algo sobresale una línea del común nivel, necesita doble dosis de buen juicio, de bondad, de virtudes y de recto criterio, porque es la piedra de toque de nulidades y envidiosos, de los cuales solo puede defenderse con el sólido escudo de sus cualidades morales. Tú has salido al mundo cegada por la venda de la vanidad é indefensa para resistir los rayos de la tempestad que tú misma creabas. Ya tienes explicado lo que te pasa y por qué te pasa.

Blanca quedó un instante preocupada.

—Quizá tienes razón, murmuró. Tú sola has tenido el valor de decirme la verdad, y te lo agradezco; pero... ya es tarde para poner el remedio.

—No, mi buena Blanca; la bondad con que me has escuchado, prueba que tu alma es tierra fértil para recibir la buena semilla, y que tu inteligencia responde al llamamiento de la razón. Nunca es tarde para el bien; además eres aún una niña.

—Para desechar mis malos hábitos, necesitaba una gran fuerza de voluntad.

—¿Y bien?

—La frívola atmósfera que me rodea me ha quitado la energía necesaria para tenerla.

—Querer es poder, Blanca. Si tú quieres, la adquirirás.

—No insistas, amiga mía; me harías sufrir inútilmente. La ciega idolatría de mi propia hermosura llena mi alma, y ya no puedo variar. Como soy seré, mientras viva, aunque lo sienta.

Hablemos de otra cosa, si quieres.

Blanca no varió, en efecto, siguió como siempre, frívola, y más que nunca entregada al mundo.

Una noche que había gran baile en una de las casas que frecuentaba, se atavió con sus mejores galas para asistir á él; tenía empeño en deslumbrar más que nunca, en causar verdadera admiración con su hermosura, y puesta delante de un espejo dió veinte vueltas á su traje y su prendido, murmurando:

—¿Seré la más hermosa? Hoy quiero ver si fascinándolos á todos logro romper el hielo que me rodea.

Al hablar así examinaba en el espejo su figura, sus ojos, su cutis, y aún deseaba más perfección, porque hizo un gesto de disgusto y quedó pensativa; más de pronto brilló en sus ojos un relámpago de alegría, lanzó una exclamación y se dirigió rápidamente á la inmediata habitación de su madre; una vez en ella se puso ante el tocador, cogió un pequeño bote que había visto usar mucho á su madre, humedeció en el líquido que contenía la toalla, y la pasó sin vacilar por todo su rostro; pero al instante que aquella humedad se extendió por su fina epidermis, lanzó un agudo grito de dolor, tiró la toalla, llevó sus manos al rostro y cayó al suelo sin sentido.

Su madre acudió asustada, y al ver el frasco destapado, exclamó con inmensa angustia:

—¡Desgraciada! Se ha dado ácido nítrico.

En efecto; aquella buena señora tenía enfermo un perro que quería con ridícula exageración, lo cuidaba en su propio cuarto y había tenido la inadvertencia de dejar una de las medicinas sobre el tocador, la que tomó Blanca por el agua que su madre se daba para embellecer su rostro.

La pobre Blanca estuvo á la muerte devorada por ardiente fiebre; cuando se encontró en estado de pensar y desapareció de sus ojos la hinchazón que los cegaba, pidió un espejo y por segunda vez perdió el sentido. Estaba completamente desfigurada; de su so-

berbia hermosura no quedaba más que el ardiente fuego de la mirada.

Pasada la crisis y curada del todo, tuvo que resignarse con su fealdad; sus buenas condiciones morales, libres de la vanidad que las torció, brillaron como claro fanal de una alma hermosa; su juicio, pasando por el estrecho crisol del sufrimiento, adquirió la solidez que le faltaba; con la soledad y la meditación adquirió un talento de que carecía; las buenas lecturas y el estudio hicieron su conversación agradable y su trato afable, y si bien dejó de ser hermosa, fué en cambio simpática y atractiva, tanto que cuando pasado bastante tiempo se presentó de nuevo á la sociedad, su actitud resignada y tranquila conquistó todos los corazones, su cambio encantó á cuantos ántes huían de ella, y aunque no tuvo á su alrededor la corte de nécios que la asediaban, escuchó las frases más halagüeñas y los mayores elogios por su nuevo modo de ser de labios que podían enorgullecerla.

Un honrado joven que la había amado de veras, y que se retiró no atreviéndose á cargar con aquella frívola mujer enamorada de sí misma, la encontró tal como él la quería; con el cambio de hermosura por virtudes, y la hizo su esposa.

Blanca gozó en su matrimonio de cuanta dicha se puede alcanzar en este mundo, y solía decir sonriendo:

—¡He comprado la felicidad con mi belleza! ¡Dichoso el día que la perdí! Con mi ejemplo haré ver á mis hijas que no es la hermosura la primera cualidad de la mujer, sino un adorno secundario, y que la vanidad es una de las peores enfermedades del alma.

ADELA SANCHEZ CANTOS

## EL EXPÓSITO

¡Bien haya la virgen pura  
que consagra su ternura  
sin rubor  
al expósito inocente,  
que se anega en el torrente  
del dolor!

Yo nací, cual flor temprana,  
al albor de la mañana  
del Abril,  
y del frío á los rigores,  
no gusté de los olores  
del pensil.

Fruto de amor pasajero,  
que se llamó verdadero  
por gozar,  
entre llanto vine al mundo;  
y es acerbo sin segundo  
mi penar.

Do quiera la maldición  
me persigue, con baldón  
de mi madre;  
y en el lodo mundanal  
el nombre yace fatal  
de mi padre.

Yo sus cariños imploro  
cuando miro mi desdoro  
y orfandad,  
y hallo solo por respuesta  
el ósculo que me presta  
caridad.

Tiendo do quiera afanosos  
mis brazos, que están ganosos  
de cariño,  
y el ángel de mi desvelo  
exclama:—Vano es tu anhelo,  
pobre niño.

Hijo de furtivo beso,  
que carece de embeleso  
celestial,  
vivirás, cual flor de mayo,



separada de su tallo  
virginal.

—  
Es ¡oh niño! tu destino  
andar penoso camino  
y entre espinas;  
pero el fin de tu desvelo  
es aquel hermoso cielo  
do caminas.

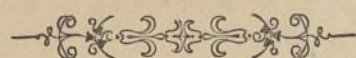
—  
Allí tienes, niño hermoso,  
un Padre tan cariñoso,  
tan divino,  
que recoge en copa de oro  
tus lágrimas, cual tesoro  
peregrino.

—  
Solo á Él tiende tus ojos  
de este mundo en los enojos  
y pesares,  
que en la tierra donde moras,  
solo vivirás las horas  
que penares.

—  
De entonces la dulce calma  
gocé continuo, y mi alma  
abatida  
renunció la triste herencia  
que lloraba en mi demencia  
cual pérdida.

—  
¡Bien haya la virgen pura  
que consagra su ternura  
sin rubor  
al expósito inocente,  
que se anega en el torrente  
del dolor!

ANDRÉS CASADO



## ¡AL BUEN ENTENDEDOR...!

### CUENTO

Juan Perez vivía con su madre en una aldea de la provincia de Leon, donde poseían un modesto patrimonio, cuyos rendimientos, unidos al jornal de Juan como bracero, bastaban para las necesidades de ambos.

Juan era un chico sencillez, dócil y obediente; pero dotado de un carácter impresionable, no tenía constancia en aquello que emprendía, y no aplazaba nunca sus decisiones, concebidas y ejecutadas casi al mismo tiempo.

No habiendo salido nunca de su pobre aldea, oía hablar de otras poblaciones y países, de trajes, costumbres y edificios que él no conocía.

Las relaciones de viajes tenían el privilegio de excitar su curiosidad en alto grado, distrayéndole y despertando en él un deseo que al principio fué una quimera, pero que no tardó en adquirir proporciones de un proyecto, que desde luego se propuso llevar á cabo.

Un día dijo á su madre, cual otro hijo pródigo:

—Madre, me voy.

—¿A dónde?

—A ver mundo... á adquirir lo que aquí no tengo; en una palabra, á hacerme hombre.

En vano la pobre anciana trató de disuadirle, haciéndole abandonar tan loca quimera: Juan no tenía más que sus brazos; ¿cómo iba á vivir en sitios donde no conocía á nadie?

Además, en esta resolución había un mal muy grande, aparte de la angustia que proporcionaba á la anciana aquella separación.

El trabajo de Juan, como he dicho, era una gran ayuda para conservar intacto el pequeño patrimonio que constituía su fortuna; pero sin este ánimo, y no bastando por sí solo para sostener las necesidades de la casa, era forzoso que fuese desmembrándose poco á poco, hasta desaparecer tal vez.

La anciana le hizo estas prudentes reflexiones,

aunque en vano; Juan procuró tranquilizar sus temores, y proponiéndose hacer una gran fortuna, no dudó en augurar á su madre una pacífica y dorada vejez.

En su consecuencia, partió sin que le detuvieran los sollozos de la anciana, que le decía, derramando abundantes lágrimas:

—Cuando vuelvas, ya estaré allá abajo.

Y señalaba hacia el cementerio.

Juan Perez estuvo ausente de su casa cuatro años, cuatro años de desencanto, de angustia y de miseria. Recorrió varias capitales, sin que encontrase trabajo, ni mucho menos el brillante porvenir que esperaba, porque los braceros del campo son completamente inútiles en las grandes poblaciones.

Por todas partes tropezaba con esta pregunta:

—¿Qué sabe Vd. hacer?

Y enrojecía al contestar:

—¡Nada!

¿Qué elementos eran estos para hacer una gran fortuna?

Un día, de esos días sin pan, días de desaliento y desesperación, se acordó de su madre y de su aldea: á su lado nunca llegó á pasar hambre, ni á verse roto ni harapiento.

Y emprendió el camino.

Pero no como anteriormente, abrigando esperanzas é ilusiones, sino triste, meditabundo, avergonzado de que le vieran entrar en su aldea de aquel modo.

Al efecto, esperó que llegara la noche, escondido entre unos zarzales, desde donde oyó el siguiente diálogo, sostenido entre dos mozos.

—¡Pobre tía Ursula!

—Se ha quedado sin un terreno del patrimonio que la dejara su marido.

—Y todo por ser Juan un mala cabeza, y haberla abandonado.

El diálogo se perdió á lo lejos: Juan sintió que se le oprimía el corazón.

Cuando llegó la noche se encaminó á su aldea.

Era una noche oscura y tormentosa, iluminada solo por el sombrío fulgor de los relámpagos; el cielo estaba negro; á lo lejos el trueno tableaba sordamente; como si por aquel medio el cielo dirigiese á Juan reconvenciones por su conducta y el abandono de su madre.

El joven entró en la aldea; sus calles estaban solitarias y tristes; nadie le vió.

Pero en vez de entrar en su casa por la puerta principal, dió un pequeño rodeo y saltó la tapia del huerto.

Quería sorprender á la pobre vieja.

Al internarse en la casa, notó que una de sus habitaciones despedía un resplandor muy vivo; al mismo tiempo oyó un murmullo monótono, como de alguien que rezaba.

Su corazón se angustió, precipitando sus latidos, como si quisiera salirse del pecho, y sin que se diera cuenta de ello, echó de ver que las lágrimas surcaban sus mejillas.

Avanzó un paso y se aproximó á una ventana que comunicaba con la estancia iluminada.

Allí había un ataúd y un cadáver, un sacerdote que rezaba y un perro echado á los pies de la caja mortuoria, que de vez en cuando lanzaba tristes y elocuentes miradas al ataúd.

Aquella muerta era la tía Ursula, á quien había mata do el abandono de su hijo.

Juan dió un grito.

.....  
Cuando abrió los ojos vió que el sol penetraba hasta su lecho, y que su madre le decía:

—¡Vamos, arriba, perezoso!

Aquel sueño fué un oportuno aviso de Dios.

PEDRO ESCAMILLA



## LA ALEGRÍA Y EL PESAR

Ha terminado el combate  
que á la villa dominaba;  
ha cesado el ronco acento  
del cañon por la montaña,

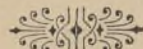
volvió la paz de los pechos  
tan sin igual deseada,  
y otra vez frases de júbilo  
el viento lleva en sus alas,  
por más que allá sobre el campo,  
triste demás, de batalla  
aún se escuchan del herido  
desgarradoras palabras,  
con las que pide socorro  
y un amigo en vano llama;  
mientras que ¡cruel contraste!  
en la tienda de campaña  
del que supo asaz valiente  
con sus órdenes ganarla,  
un soldado se presenta  
y con emoción marcada  
escucha, loco de gozo,  
de su general tal habla:  
«Poco puede como premio  
dar mi poder y mi patria  
al valiente que mil veces  
en esta cruel batalla  
espuso ante el enemigo  
su vida para salvarla;  
mas dejar sin recompensa  
tal acción, es una infamia,  
y por eso, desde ahora,  
por teniente se te halla,  
á más de la cruz que pongo  
en este pecho colgada.  
Así, pues, procura siempre  
en el sitio á donde vayas  
portarte cual hoy has hecho,  
para orgullo de tu patria.»  
Sale de placer henchido  
y piensa en la humilde casa  
donde le esperan amantes  
y con indecible ansia  
una esposa y una hija,  
sola mitad de su alma,  
y emprende al punto el camino  
en que más que nunca tarda,  
para decirlas que vive,  
para cual antes amarlas.

### II

Llega por fin, y á la puerta,  
loco de afán y de dicha  
llama, esperando que salga  
para besarle, su hija:  
por fin ya siente pisadas;  
sobre los goznes oscila,  
y ven sus ojos atónitos,  
á la luz de una bujía,  
bañadas de gruesas lágrimas  
de su esposa las mejillas.  
—¿Qué pasa? pregunta trémulo,  
pensando en miles desdichas.  
—No sé, responde su esposa,  
en demasia afligida.  
—¿Por qué, no sale cual antes,  
para abrazarme, mi hija?  
¿Por qué surcan gruesas lágrimas  
por tus pálidas mejillas?  
—Entra, le dice tan solo  
la que es mitad de su vida,  
entra y juzga por tí mismo  
si mi pena es ó no fija.  
Y con andar vacilante  
hasta una cama le guía,  
donde tendida y cadáver  
se vé una preciosa niña  
y ante cuya triste imagen,  
y ante su apagada vista,  
puede tan solo, el que nunca  
frente á las balas temía,  
caer lloroso, afligido  
y entre lágrimas sentidas:  
¡Llevadme, Dios poderoso!  
¡Hija de mi alma, hija!

JAIME CIGLIANO.

31 Julio, 79.





## SOYONS CHARITABLES

LETTRE ADRESSÉE AUX JEUNES LECTEURS DE CETTE REVUE

MADRID le 1<sup>er</sup>. Décembre, 1880

Mes chers petits lecteurs: Je me fais un devoir, de commencer par vous présenter mes salutations bien sincères et amicales; en même temps je me hasarde à vous demander pardon sur le silence que j'ai observé pendant quelques mois; n'allez pas croire que la cause de ce mutisme, soit la paresse; car malgré que comme la plupart des mortels, j'aime à goûter quelquefois du *dolce far niente*, je vous avoue sincèrement que j'ai aussi un plaisir extrême à m'entretenir avec vous; d'autant plus que vous avez pour moi une indulgence dont je vous suis reconnaissant.

Je vous ai parlé la dernière fois, de l'importance de l'Higiène; aujourd'hui, nous nous occuperons quoique très légèrement de la *Charité*.

Il est une part de notre mission sur la terre, que nous devons remplir sans bornes, sans taxe, sans mesure; cette partie de nos devoirs sociaux, c'est l'exercice de la charité, qui se présente sous des formes diverses, et qui nous met à même de faire preuve de bons sentiments, quelle que soit notre fortune; quelle que soit la position que nous occupons dans la société.

On agit généralement sur ce point, comme tout le monde; la plupart des personnes, font l'aumône parce qu'elles savent qu'il faut secourir les pauvres, et voilà tout; mais malgré que la charité exercée ainsi soit très louable comme elle l'est sous toutes les formes, l'on ne doit pas s'en borner là; on doit observer; on doit réfléchir; car il y a des pauvres de diverses façons; les uns, sont pauvres d'argent; de ressources, et même des moyens de parvenir à un moins triste état: les autres sont pauvres d'intelligence ou d'instruction: d'autres encore sont pauvres d'affections de famille, ou de personnes amies; et quelques uns enfin, sont pauvres d'honneur et de délicatesse.

Eh bien, mes chers amis; nous devons tâcher de faire ensorte, que notre charité soit utile à tous les pauvres; car comme dit l'Ecriture, *La pauvreté est la destruction du pauvre*; et nous pouvons dire aussi, que la pauvreté, peut souvent conduire au vice, et puisque du vice au crime il n'y a qu'une bien petite distance, n'oublions pas que, plus nous exercerons la charité, cette sublime compagnie de l'homme, plus il nous sera facile de délivrer la société, d'un grand nombre de maux qui l'affligent.

Il est certes bien agréable, de donner un paquet d'habillements usés à une fa-

mille pauvre; ou à défaut de vêtements, dégarnir un peu sa bourse en faveur des indigents; de monter à un quatrième étage; à quelque mansarde, porter des secours à un malade, ou à une famille en détresse: les uns et les autres, nous comblent de bénédictions, qui sont pour nous comme une récompense céleste.

De même, si nous aidons à l'instruction de ceux qui en sont privés, ou si nous prêtons notre concours, aux personnes qui remplissent cette pénible tâche, nous sentons un bien-être intérieur, qui est comme l'avant-coureur de la reconnaissance, de ceux qui reçoivent nos bienfaits.

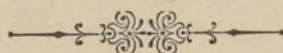
Cependant, la charité est noble; elle est désintéressée; elle est sainte; n'oublions pas, que nous devons faire le bien, sans nous inquiéter du reste; que si nous rencontrons quelquefois des ingrats, nous n'en devons pas moins persévérer.

Quant à vous, mes chers et jeunes lecteurs, votre âge ne vous permet pas encore, de prendre une part active à la charité, si ce n'est d'être bons, doux, et aimables envers vos amis, ou envers les personnes qui sont au dessous de vous, ou qui vous servent: mais si vous êtes trop jeunes aujourd'hui, vous atteindrez bientôt et sans vous en apercevoir, l'âge de vous gouverner vous-mêmes; et c'est pour alors, que vous devez préparer vos tendres cœurs, à la bienfaisance; aux bonnes œuvres; en un mot, à la charité.

Retenez bien dans votre esprit, les exemples de vos bons parents; les enseignements de vos professeurs; et si dans quelques années nous avons l'occasion de nous entretenir en tête-à-tête, vous medirez l'accueil que vous aurez fait à mes conseils, et si vous avez adopté cette devise: *Soyons charitables*.

En attendant ce moment qui sera si heureux pour moi, je vous prie de me considérer comme le plus dévoué de vos amis.

HENRI BÉNAVENT.



En los días de la niña Conchita Novi, que falleció el día 15 de Noviembre de 1878.

## RECUERDO

No era tan bella como tú la aurora cuando á las cumbres del Oriente sube, y á sus rayos de fuego se colora la negra cresta y la pesada nube.

Ni de tu faz tenían los colores, ni de tu fresca boca la sonrisa, del tibia Abril las perfumadas flores ni de la tarde la apacible brisa.

Tú eras hermosa como el ángel bello que el éter cruza con sonantes alas, como el tranquilo y sin igual destello que eterno alumbra las celestes salas.

Por eso plugo á Dios, porque lucieses en el trono divino tu hermosura, que de este mundo tu traslado hicieses; y allí tu faz junto á tu Dios fulgura.

UBALDO



## LECCIONES FAMILIARES,

POR D. TEODORO GUERRERO

INTRODUCCION

## El Código moral

A AURORA

La sociedad conyugal tiene por objeto la familia. El primer deber de los padres es señalar las distancias que han de separar á los miembros que la constituyen para que cada cual ocupe su puesto: y á fin de que obedezcan á un pensamiento que sirva de norma para arreglar su conducta, todo jefe de familia está obligado á dictar reglas que allanen el camino, descubriendo risueños horizontes que hagan fácil tan penoso trabajo.

A ti, mi excelente compañera, me dirijo, al emprender la tarea de escribir mis *Lecciones familiares*. Los hombres debemos vivir prevenidos contra la muerte que nos amenaza siempre y que siempre nos sorprende; el porvenir me atormenta, temiendo que Dios disponga de mí antes de grabar mis ideas en la memoria y en el alma de los ángeles que hoy embellecen nuestra existencia; por eso invado el porvenir, estampando en este libro mi modo de sentir y el sistema de educacion que era conveniente para que mis hijos, respetando mi memoria, sean buenos y honren el nombre sin mancha que heredé de mis padres y que sin mancha les trasmito. Este libro es mi *Código moral*. ¡Ay del que olvide sus preceptos!

Cuando escribí mi libro *Lecciones de mundo*, inspirado por la sonrisa de nuestra María, que apenas contaba un año, estaba lejos de mis esperanzas que habia de alcanzar la fortuna que los maestros le dispensaron, aceptándolo como texto popular. Amo ese libro con cariño tan infantil como la idea que me lo inspiró; y sabes con cuánto placer he oído en las escuelas repetir á los niños aquellas máximas que aprendí en el Catecismo y en el gran libro de la experiencia y que con el mejor deseo sujeté á la rima para grabarlas más fácilmente en la memoria de los tiernos educandos.

El libro *Lecciones de mundo* es lazo estrecho que liga mi corazón á la inteligencia de mis hijos; lazo que liga mi inteligencia al alma de la generacion que hoy se levanta, llevando en sus labios mi nombre, en su pensamiento mis ideas, en su corazón mis instintos. ¡Qué bello triunfo!

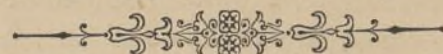
Ese libro está consagrado á la infancia; sus páginas encierran la primera moral que debe grabarse en el alma para entrar despues, con seguro pié, en terreno más resbaladizo.

Es preciso dar un paso más; avanzar en el camino de la instruccion; presentar de relieve la segunda moral que asegurará la solidez para ensanchar el círculo, facilitando la entrada en el campo de la ciencia que aguarda á la juventud. Cuando la tierra está bien preparada por los surcos del arado, cuando la buena semilla se siembra á tiempo, cuando los desvelos del labrador atienden al cultivo, recoge por fruto la mies abundante con que la Providencia le regala. Y este es el pensamiento de las *Lecciones familiares*.

Nuestros hijos crecen y hay que consagrarles enseñanza más adelantada para despertar en su imaginacion la manera de cultivar las pasiones y de combatir los vicios. Las *Lecciones familiares* son el segundo libro que escribo para mis hijos y que dedico á las escuelas; vean siempre los niños en sus páginas la expresion del amor paternal velando por el porvenir, señalando fija la estrella del deber y obedeciendo al sentimiento de las buenas acciones; así recibirán en la tierra, con la bendicion de sus padres, el homenaje que siempre alcanza la virtud; y en el cielo, el premio que Dios concede á los justos.

En tus manos, mi dulce compañera, deposito este libro. No temas al porvenir; nuestros hijos serán buenos, porque su corazón está confiado á tu religiosa guarda, y su inteligencia á mi severo instinto. La constancia lo vence todo; el amor y el sentimiento del deber nos impulsan á consagrarnos á esos hijos de cuyas acciones somos responsables.

¡El porvenir es nuestro!





## A LA PROVIDENCIA

## ODA

Oh! alma luz del mundo!  
Oh! sacra providencia!  
Oh! Tú que de los séres  
la vida tienes, la unidad conservas.

A tí sus brillos debe  
la aurora que recrea  
con su apacible aliento  
el prado místico y la agostada selva.

Maestra inimitable  
en formas te revelas;  
de azul pintas el cielo  
y vistes de esmeraldas la pradera.

Tu delicada mano  
el curso delinea  
de los brillantes globos  
que ráudos giran y el espacio pueblan.

Hasta el caracolillo  
que vive entre la arena,  
de tí recibe, ¡oh Madre!  
el tibio rayo de calor que anhela.

Espíritu fecundo,  
celeste mensajera  
del Ser Omnipotente  
que al mundo dió la rotación primera;

Escúchame y descansa  
un rato en tus faenas;  
un hijo te saluda  
y el saludo de un hijo te consuela.

¿Te acuerdas cuando niño  
gocé de la luz bella?  
mi cuna tú mecías  
y en tu regazo me besabas tierna;

Tú grabaste en mi pecho  
inestimables prendas,  
amor á las virtudes  
y viva inclinación á la belleza.

En mis adultos años  
si las pasiones ciegas  
mi corazón turbaron  
é infundieron pavor á mi inocencia,

Tú, solícita acudías  
¡oh Madre! en mi defensa;  
y á tus sentidos gritos  
dejé del vicio la torcida senda.

Con el amor de gloria  
mi espíritu alimentas  
y un vívido entusiasmo  
derramas por la sangre de mis venas.

Dispénsame tus dones,  
sencillo me conserva;  
yo quiero ser tu hijo  
el hijo de la sabia Providencia.

MANUEL LAZO HURTADO.



## UNA HISTORIA

Para que veais, queridos niños, cuántos medios y cuán extraños pone Dios en práctica para volver á los hombres al camino de la virtud, voy á referir una historia que, á pesar de no tener nada de maravillosa, indica de una manera indudable, que fué realizada por la voluntad de ese Ser poderoso y amante, para quien no hay nada imposible.

No creais que os voy á molestar con severas lecciones de moral, que nunca fueron del gusto de los jóvenes: únicamente os relataré los hechos y vosotros sacareis las consecuencias.

## I

Enrique H. había nacido en una posición decente, ya que no desahogada, y recibido de su madre la educación primera, base única de la felicidad futura;

ella le había enseñado á leer y á escribir, á hablar y á rezar.

Mientras vivió el padre de Enrique, que era capitán de infantería, todo iba bien; pero cuando murió, no pudo dejar á su familia más bienes que la exigua viudedad que correspondía á la madre.

¿Creeis que ella desatendió por esto la educación de su hijo? No, por cierto.

Vendió los muebles de la casa que habitaba en Madrid, recomendó su hijo á un antiguo amigo de su marido, y después de llorar mucho antes de decidirse á separarse de su hijo, lo hizo por fin, yendo á vivir en el pueblecito donde nació, cuyas costumbres conocía ya, y con la esperanza de ahorrar lo suficiente para dar carrera á Enrique.

Os parecerá mentira que lo consiguiera; pero no; ¿no sabeis que el cariño de una madre sabe hacer milagros?

La pobre señora no comía apenas, vivía sola, pasaba la noche sin luz y el invierno sin fuego, ¿qué más? se privaba de ver á su hijo en las vacaciones por no malgastar nada.

Pero como en este mundo toda acción buena tiene su recompensa, llegó para ella el día en que Enrique, con su título de abogado en el bolsillo, vino á verla, y ¿qué podría decir yo, para explicaros su alegría?

Durante el tiempo que le tuvo á su lado, la miseria de antes se convirtió en despilfarro; compraba lo mejor, tomó criado, y se hizo un vestido nuevo para no avergonzarse á su hijo cuando salía con él.

La estancia de Enrique en el pueblo fué corta, y su despedida un nuevo dolor para su madre, que le acompañó hasta el tren, y temblando de amargura, nublados los ojos por el llanto y débil de dolor, subió la pobre anciana una cuesta empinada desde donde se veía el tren durante mucho tiempo.

Allí permaneció mientras pudo verle, y mucho después, sus ojos estaban aún fijos en el horizonte esperando ver la columna de humo de la locomotora que podía señalarla por dónde iba el pedazo de su corazón.

Llorando bajó la cuesta y llorando entró en su casa, ya sin luz y sin fuego y sola, porque de nuevo quería ahorrar para que su hijo viviese con decencia.

Casi al mismo tiempo, en una calle de las más céntricas de Madrid, se abrió al público una tienda que Juan, hijo también de una madre mártir como la de Enrique, ponía con el dote que su mujer, hermosa muchacha de veinte años, había aportado al matrimonio.

Oficio, honradez y matrimonio, todo se lo debía á su madre.

## II

Enrique llegó á Madrid, entró en el bufete de un abogado de gran fama, y al poco tiempo escribía á su madre anunciándole que tenía una posición desahogada y que no necesitaba hacer más sacrificios.

Tiempo era: la Hacienda española que hace tantos años lucha con la bancarrota, había llegado á un estado deplorable, y la pobre viuda apenas recibía una paga cada tres meses.

Pasó el tiempo y Enrique continuó ganando dinero y nombre, y empezó á ambicionar más, y la maldita ambición vino á borrar de su memoria hasta su madre.

Jugó á la Bolsa y ganó enormes sumas, y entonces pensó en otras especulaciones.

No debía á nadie... ¿qué digo? ¡No había de deber, si no se acordaba de su madre, que entretanto se veía precisada á implorar la caridad de los vecinos del pueblo!

La pobre mujer, cuando se vió ya sin recurso alguno, escribió á su hijo pidiéndole cien reales. ¡Cien reales á él, que ganaba miles en un día!

Y él recibió la carta; pero como no trataba de negocios, como no le ofrecía nada que ganar, se contentó con ver de quién era sin entretenerse á leerla.

Entre tanto Juan, el dueño de la tienda que se abrió cuando Enrique llegaba á Madrid, entregado á ese infame vicio que se llama juego, debiendo llamarse robo, tenía que cerrar su tienda porque no pagaba á sus oficiales y él no quería trabajar.

Y arrastrado más y más por la pendiente del vicio, bajó el último escalón. Robó.

Y en tanto su madre tenía que pedir limosna y su mujer y sus hijos se morían de miseria.

## III

Tres meses hacía desde que escribió la madre de Enrique pidiéndole cien reales y más de veinte cartas disculpándose de haberlo hecho, le había dirigido la andrajosa pordiosera, que se moría de hambre en el pueblo, mientras su hijo gastaba coche en Madrid.

Convencida por fin la infeliz de aquella ingratitude infame, escribió por última vez á su hijo, pintándole su situación y despidiéndose para siempre de él; pero sin acritud, sin recriminaciones, echándose ella toda la culpa.

En el momento de llegar la carta, Enrique colocaba en su cartera treinta mil duros en billetes de Banco, cogió la carta y la puso también en su cartera para abrirla como otras muchas, en el coche que le esperaba.

Entró en su berlina, y ya llevaba abiertas algunas, cuando pasó por una joyería donde se ofrecía á la vista una magnífica cadena de oro que le gustó. Hizo parar el carruaje y entró en la tienda, dejando la cartera en el asiento de la berlina.

Juan, que rondaba por allí, pasó junto al coche, vió la cartera, y aprovechando la acción del cochero, que cubría con una manta los caballos para defenderlos del frío, la cogió con presteza y echó á correr.

Llegó jadeante á la bohardilla donde vivía con otros compañeros de crimen que á aquella hora no estaban allí, abrió la cartera y quedó como muerto viendo lo enorme de la suma.

Pasado el primer momento, trató de hacer desaparecer la cartera y los papeles; pero una curiosidad natural le incitó á abrir aquellas cartas.

La primera con que tropezó fué con la de la madre de Enrique. La leyó, volvió á leerla, se acordó de su madre, que también pedía limosna y á quien debía la felicidad que llegó á disfrutar un día, recordó las honradas máximas que su madre le imbuyó cuando niño, y lloró de arrepentimiento y de vergüenza.

Corrió á casa de Enrique, le devolvió el dinero y le leyó la carta de su madre, derramando lágrimas de sentimiento.

Enrique lloró también.

Queridos míos, hoy, Juan, que tiene un establecimiento acreditadísimo y brillante, gracias á la ayuda de Enrique y á su constancia en el trabajo y la honradez, y Enrique, que es un rico propietario, van juntos una vez al año al pueblecito donde pidió limosna aquella madre mártir, que duerme en santo reposo en el humilde cementerio que está en el camino de la estación, y los dos lloran sobre su tumba.

J. CAMPO ARANA.



## Á UN ALBUM

En las escritas páginas de un álbum  
mis ojos fijé un día,

y en ellas ví, en poético desorden,  
mil frases de dolor y de alegría.

Dulces promesas que el afán demuestran  
de un alma aprisionada

por ese casto amor que nace y vive  
al fuego abrasador de una mirada.

Puras sonrisas de inocentes séres  
que, en bienhechora calma,  
hacen al labio ser fiel mensajero  
de la ventura que les dicta el alma.

Tiernos consejos que al que ciego vive  
ofrece la experiencia,  
para que limpios guarde eternamente  
la virtud, el honor y la conciencia.

Ayes que el alma sin cesar exhala  
ansiosa de consuelo;  
dulces plegarias del que en triste llanto  
la venturosa paz busca del cielo.

Tristes ayes del hijo que maldice  
la despiadada suerte,  
que con sus padres colocó su dicha  
en los eternos brazos de la muerte.

Y ya no miré más; que al ver unidos



siempre el placer y el llanto,  
los ojos aparté de aquellas líneas  
lleno de miedo, aunque profundo espanto.  
¡Triste verdad! pues en la estrecha senda  
de la existencia humana,  
todos también, sin comprenderlo nunca,  
gozamos hoy para llorar mañana!

M. DE LARRA Y OSSORIO

## EL RECREO

Veces repetidas os he aconsejado la aplicación como fundamento sólido de vuestro futuro destino; hoy me toca hablar del recreo. Pero no confundamos el recreo con el ocio, con la vagancia.

Me refiero al recreo conveniente para el desarrollo físico; al recreo moderado que hace refrescar la imaginación, preparándola para adquirir nuevas ideas.

El trabajo intelectual como el trabajo del cuerpo, necesita una tregua para robustecer la humana naturaleza.

Y así lo comprendió Dios en sus altos designios, al destinar el séptimo día de la creación al descanso.

Tampoco confundamos el descanso con el recreo: que una cosa es buscar fuerzas en el reposo y otra complacer agradablemente al espíritu, para que el trabajo sea menos repulsivo y penoso.

Y digo agradablemente, porque los recreos que agitan ó destruyen la naturaleza, ya no son recreos; puede llamárselos, en muchos casos, vicios, y vicios que dejan huella sensible en la salud.

Embadurnar los libros que sirven para el estudio, con figuritas más ó menos grotescas, no puede atribuirse á la afición á la pintura, al deseo de recrear la imaginación fuera de las horas de estudio, porque el que tales inclinaciones al arte experimenta, frecuenta las academias ó se somete á las lecciones de un profesor.

Los que, al salir del aula con los libros en la correa se marchan dando tumbos con ellos á la arboleda y por coger el nido de una inocente pajarilla se rompen, al trepar, las ropas, cuando sus pobres padres se sacrifican para pagar aquellos libros y la matrícula, no se recrean, sino que se hacen aragones y malrotadores. Los que abandonando, acaso, la clase, penetran en el Retiro y, buscando las vueltas á los guardas, se entretienen en coger con un alfiler, revestido con pan, los pececillos de colores que se alimentan en el estanque de las Campanillas, tampoco se recrean, sino que faltan á su deber de escolares y se inclinan á la rapiña. Los que consagran al juego las horas naturales del ocio, esos tampoco se recrean, que cometen dos insignes torpezas: la de adquirir un vicio repugnante y la de mermar la fortuna de su familia. Los que de cualquier forma que sea originan un daño á tercero, no se recrean, sino que se precipitan en la senda escabrosa de las malas inclinaciones, y en las malas inclinaciones, en las malas pasiones, no cabe el salutar recreo.

Bien pueden los niños proporcionarse agradable y útil distracción, sin perjuicio alguno de nadie.

La gimnasia, no mortifica á la imaginación y desarrolla las fuerzas; regenera la naturaleza.

La pintura deleita á los sentidos y cultiva el entendimiento.

La música dulcifica las pasiones, porque hace sentir al alma.

La equitación es un recreo moderado que vigoriza.

El teatro es la escuela de las costumbres, puestas de relieve en escena, ya para corregir las malas censurándolas, ya para encarnarlas en el corazón de los hombres presentándolas como buenas las que son dignas de aplauso y loa.

La caza y la pesca, siempre que se huya de los riesgos, son recreos inocentes y recomendables.

El paseo que se hace para contemplar las maravillas de la naturaleza, ó del arte, agrada y ensancha el ánimo.

La tertulia que se encamina á proporcionar agradable velada á familias de antecedentes morales admitidos en la buena sociedad; esas tertulias de con-

fianza en que alternan personas de todas las edades y sexos, en donde cada joven luce sus adelantos en la carrera de las letras ó de las artes, son una escuela viva que instruye al par que recrea.

Y por último, puede aceptarse como recreo todo cuanto sin daño de tercero tienda á proporcionarse una distracción que no aparte al hombre de sus deberes ni ofenda á la moral.

En estos casos, el recreo no solo es útil sino recomendable y hasta necesario.

Fuera de estos casos, se incurre en el vicio, en la vagancia; y la vagancia y los vicios están repudiados por las personas sensatas de todos los países cultos.

VICENTE D. BORDANOVA

## A LA MEMORIA

DE LA SEÑORA

DOÑA MAGDALENA DIAZ DE GARCIA LOPEZ

### ELEGIA

*Multus ille bonus flebilis occidit.*  
(HORACIO.)

#### I

Tocan á muerto: ¿quién pasa  
del mundo á la eternidad?

—¡Un mortal deja su casa  
sumida en la soledad!

La funeral vibración  
que brota de la campana,  
ha borrado la ilusión  
de verla viva mañana.

Llora su esposo por ella,  
sus hijos lloran también;  
ya se ha extinguido la estrella  
que iluminaba su eden.

Aquel ángel de su hogar,  
aquella madre amorosa,  
en virtudes ejemplar,  
noble, digna, amante esposa,

Ya no existe: aquellos ojos  
cóncavos oscuros son,  
y otros ojos están rojos  
con llanto del corazón!...

Pero en la esfera inmortal  
serán soles, y han de ver  
todo el mundo terrenal,  
y nos han de conocer.

#### II

¡Adios, pues, madre y esposa;  
el hogar que amaste tanto,  
con tu muerte dolorosa  
queda triste y sin encanto!

Dicha y eterna bonanza  
en esa mansión gloriosa  
tendrás: te dió la esperanza  
esa suerte venturosa.

Sufriste fuerte, esperaste,  
ganaste palma de gloria,  
y muerta, ya demostraste  
el blason de tu victoria.

Si fuiste grande sufriendo,  
y jamás la fé perdiste,  
¡qué grande serás viviendo  
donde soñando estuviste!

Apenas tú dormitabas,  
otros seres no durmieron,  
y junto á ellos suspirabas,  
y tus ayes recogieron.

Y dormida sonreías,  
y de tu infantil edad  
aún la dulzura tenías.  
¡Oh, breve felicidad!

#### III

Ostenta en la gloria tu premio divino,  
diadema que el mundo  
no puede otorgar;

Y pide al Eterno que un mar diamantino  
cruce los que quieran  
tus lauros ganar.

Y en valles de flores convierte la senda  
que cruzan las almas  
que lloran por tí;

y dáles tu ayuda en esta tremenda  
batalla que todos  
libramos aquí.

Y nubes y flores y ecos hermosos  
consuelen á aquellos  
que tu muerte hirió;

Y un día se encuentren felices, dichosos,  
á donde tu alma  
por su fé llegó.

DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA

Madrid Noviembre 1880.

## LA MANO DE LA PROVIDENCIA <sup>(1)</sup>

POR

HENRIQUE BENAVENT

(CONTINUACION)

De corta duración fué aquella conmovedora escena, pues Rosa, como cediendo á los impulsos de una inspiración divina, se comprendió de los brazos de su madre, y dirigiéndose á Juanelo, le dijo con ademán resuelto:

—Señor; desde que mi pobre madre me ha traído al lado de ustedes, parece como que soy la víctima del sarcasmo y la mofa de los que debieran ser mis protectores; parece que todos están recelosos de mí; no veo más que un deseo general en las mujeres de humillarme con sus despreciativas miradas y con sus gestos; esto me aflige en alto grado y me laceró el corazón; no puedo resistir el verme escarnecida; por consiguiente, pido se me permita demostrar de cuánto puedo ser útil; si hechas las pruebas no sirvo para la tribu, mudaré de modo de proceder; si no consigo agradar, después, que me rechacen en buen hora; pero siquiera que no se emplee tanta injusticia, por el solo delito de haber recibido una educación algo distinguida y sobre todo cristiana.

—Con que.... ¿tratarás de variar en un todo?... dijo Juanelo mirándola fijamente. Pues entonces, ya puedes empezar el cambio desde ahora.

—Antes quiero probaros lo que valgo; pero sin dejar jamás de ser honrada y cristiana.

Al pronunciar Rosa estas últimas palabras, se abalanzó en brazos de su madre.

La Chataza no se cansaba de dar besos á su hija, heridas como tenía todas las fibras de su corazón.

Juanelo, no sabiendo qué objetar, se levantó, y después de haber dirigido una última y significativa mirada á las dos mujeres, abandonó la estancia.

Los gitanos, haciéndose señas entre sí, volvieron á sus faenas.

Las gitanas estaban atónitas al ver semejante resolución en una joven tan cándida.

Tula se mordía los labios, presa del mayor despecho.

La Chataza y Rosa derramaban abundan-

(Véase LA ILUSTRACION de 1.º de Julio.)



tes lágrimas, fuertemente asidas en los brazos una de otra.

Al poco rato todos habían desalojado la regia cámara, en donde había tenido lugar la grotesca audiencia de presentación de la reciénvenida.

Tula y su madre se fueron á su tienda hablando en voz baja; la primera con la envidia pintada en el semblante; la segunda, con una expresión de ventura, que casi había transformado su habitual aspecto.

Rosita, plenamente resuelta á cumplir desde luego la tarea que se había impuesto, se dirigió sin tardanza hácia un grupo de gitanas, á quienes por la mañana observara entregadas al trabajo de lavar las ropas de la tribu.

Un arroyuelo, que cual argentina cinta se deslizaba retozando por la pradera, era el sitio en que se verificaba tan penosa labor.

Allí encaminó sus pasos nuestra amiga.

Al verla ya próxima, aquellas mujeres suspendieron su trabajo como por encanto.

Todas las miradas se fijaron en la niña.

¿Qué mágico poder podía producir tal sensación en el ánimo de unas mujeres sin fé, sin educación, sin sentimiento aparente de delicadeza? ¿Era curiosidad? ¿Era envidia? ¿Era acaso admiración? ¿Era tal vez que veían en aquella criatura una temible rival que de improviso venía á arrebatárles el ascendente que hasta entonces habían ejercido en la banda?

Quizás no os equivocáis, amiguitos lectores, si juzgáis que de todo había un poco; más sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuanto más á ellas se aproximaba la reciénvenida, más aumentaba su contemplación: ¡era tan modesta! ¡tan sencilla! ¡tan candorosa! ¡tan dulce su mirar!

Cuando Rosa se halló ya inmediata á las gitanas, y antes de que estas supieran de qué modo dirigirle la palabra, nuestra amiguita les dijo con tono angelical:

—¡Que Dios las guarde! vengo para ayudar á ustedes, si en algo puedo ser útil.

—Seas bien venida; contestó una de las mujeres.

—Me place verte entre nosotras; dijo otra.

—¿Qué motiva tu venida? preguntó una tercera.

—¿A qué debemos tanto favor? añadió la de más allá.

—Pues decía, prosiguió Rosita, que vengo para ayudar á ustedes, si me dejan compartir su trabajo.

—¿Tú quieres ayudarnos á lavar la ropa? —Dura labor es para tí, hija mía; le contestó la más caracterizada de las gitanas.

—¿Por qué no? y con mucho gusto.

—Tu hermana Tula, que á todo está acostumbrada, ya hace tiempo que no nos ayuda; ¿y vendrás á hacerlo tú, que eres toda una señorita?

—Sí, sí; ya verán ustedes; y apoderándose al mismo tiempo de uno de los montoncitos de ropa, empezó su obra con una agilidad, con una desenvoltura tal, que las gitanas se quedaron atónitas.

Es verdad que á la vivacidad de los movimientos, cosa propia de su tierna edad, se reunía el procedimiento consiguiente al mayor grado de cultura, cuyo resultado es siempre producir en menos tiempo más cantidad de labor, más perfecta, y ejecutada con mayor facilidad.

Las gitanas no se cansaban de mirarla; no podían comprender qué razón existía para que, siendo Rosa una niña, y menos acostumbrada que ellas á trabajos rudos, pudiera hacer *mas*, trabajando *menos*.

Rosa comprendió que había llegado el momento de captarse las simpatías de sus nuevas compañeras; no se ocultaba á su espíritu que antes de emprender su misión evangélica, necesitaba conquistar poco á poco el cariño de todas.

—¿Quieren ustedes que les enseñe de qué manera se lava bien y con comodidad? pues mírenme.

Y uniendo la joven las obras á sus palabras, les dió una completa lección de lavado.

Dos horas después, la tarea de todas estaba terminada.

Rosa se había convertido en maestra lavandera.

Las gitanas en discípulas suyas, pero aprovechadas y agradecidas.

(Se continuará.)

## TEATROS

Esta quincena ha sido tan escasa de novedades teatrales como la anterior.

Apenas si en alguno de los teatros de segundo orden ha aparecido una de esas piezas que están destinadas á desaparecer,

cual relámpago súbito, brillante.

*Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *Al anochecer* y *La aldea de San Lorenzo* son las funciones que más público han atraído al Español.

Y como son obras bastante conocidas, y todos sabemos cómo trabajan Calvo y la Mendoza Tenorio, excusado es hacer comentario alguno.

Baste decir que el coliseo de la plaza de Santa Ana sigue tan favorecido como siempre por las más distinguidas damas de nuestra elegante sociedad madrileña.

*La Abadía del Rosario* continúa cantándose en Apolo con linsonjero éxito.

En este teatro se estrenó la zarzuela *La calle de Carretas*, en la cual la galantería del sexo fuerte para con las damas está un tanto problemática.

Y no digo más, porque el resultado lo sabe el público, y la crítica la han hecho plumas mejor cortadas que la mía.

Arderius sigue impertérrito con sus distracciones, buscando al célebre capitán Grant por los vericuetos de los Andes.

También *El Rey Midas* ha exhibido sus históricas orejas con gran divertimento del público.

Variedades, ídem, ídem, ídem.

*Canción de la Lola* por activa y por pasiva, y piezas tan nuevas como *Por un inglés*, *Los cuatro maravéis* y *La molinera*.

El juicio crítico ya hace tiempo que se debió hacer por quien presenciara los estrenos.

Riquelme y Romea siguen tan mimados del público como siempre.

El teatro Lara está ya tan completamente acreditado, á pesar del poco tiempo que lleva funcionando, que lo más distinguido de Madrid acude presuroso á saborear los cultos chistes y esmeradísima interpretación de *Carrera de obstáculos*, *De tiros largos* y *La ocasión la pintan calva*.

Eslava casi corre parejas con Variedades en lo tocante á estrenos.

Las únicas novedades que hay son *Salon Eslava*, *A sangre y fuego*, *Aquí*, *Leon*, *La salsa de Aniceta*, y *Cecilio*.

Martin ha resucitado su famoso *Talisman de Sagras*, que, como de magia que es, gusta extraordinariamente al público que frecuenta aquel coliseo.

Las decoraciones, bailables, ejecución y maquinaria son inmejorables, y por eso hay un lleno todas las noches.

Capellanes se ve también muy favorecido.

Bien es verdad que se varían sobremanera los espectáculos, complaciendo así al escogido público que frecuenta aquellos salones.

ADELINA MARK.

Está llamando con justicia la atención la suntuosa exposición de fotografías ampliadas, que el reputado artista Sr. Juliá acaba de exhibir á la consideración del público, en la planta baja de su acreditado establecimiento de la calle del Príncipe.

Verdad en los contornos, firmeza en las sombras, gusto en el decorado: hé aquí lo que constituye el mérito de sus retratos.

El Sr. Juliá ha tenido, además, el acierto de elegir nombres populares y simpáticos á la sociedad madrileña, y de presentar una numerosa colección de americanas y fotografías de diferentes tamaños, obtenidas por los sistemas más aventajados, formando el todo de la exposición un conjunto agradable, digno de su merecida reputación artística.

El Sr. Juliá está, pues, en el deber de perseverar cultivando sus adelantos para enseñanza y estímulo de sus discípulos y en honra del arte en nuestra patria, que algo debe á la consideración que el público le dispensa, frecuentando su galería para admirar los productos de su génio.

Entre las diferentes grandes mejoras que la empresa de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS se propone hacer en esta revista, desde 1.º de Enero próximo, se cuenta la publicación de una galería de retratos de su director, redactores y colaboradores, con la reseña biográfica correspondiente de cada uno de ellos.

## CHARADA

Prima dos es nombre propio  
como prima tres segunda,  
que fué un insigne guerrero,  
y que por más que se duda  
en dónde naciera, en todo  
no fué de manera alguna.

## ACERTIJO HISTÓRICO

¿Qué hizo el rey Wamba el día que cumplió los treinta años?

(Las soluciones en el próximo número.)

## ADVERTENCIA

Acompaña á este número, de regalo, el pliego segundo de La deuda de gratitud, propósito dramático, original de D. José María Medina.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.